

les. Para ser lo segundo, resulta demasiado rico en palpación. Decíamos antes que la temperatura era como si dijésemos el valor de los pintores líricos. Pues bien, por la especial tensión de sus fantasmales resultados, no es Cossío abstracto. Porque hasta sus cuadros más fugados ponen en nosotros estremecimiento importante, no es esta pintura esclava de la forma, sin significado y del desnudo color. Su importancia se encuentra precisamente en que resolviéndose a base de inconcreciones enriquecidas por los medios expresivos, produce en nosotros un palpito, un estremecimiento y un latido, que sería inútil negar.

No hace falta proclamar como lo mejor de su tarea los retratos para encontrarnos frente a sus naturalezas muertas, con que éstas no lo están, a pesar del sostén fantasmagórico alrededor del que se desarrollan. Un fantasma de copa, de fruta, etc., etc., son protagonistas suficientes en este mundo de absoluta plasticidad. En lo abstracto, no siempre nos las habemos con lo absoluto. Y aquí, sí. Paco Cossío nos enfrenta con un tejido tan denso y tan rico, que sirve de red a una misteriosidad llena de dimensión considerable. El pintor santanderino dinamiza —¡eso siempre!— la riqueza plástica de su mundo limpio de anécdotas hasta producir un manantial interés. Interés que no tiene por qué

motivarse en el plano de lo representativo. Desde el momento que vibra, palpita y hasta transciende, cuando lo atiende un corazón deseoso de esta clase de emociones asépticas, intelectuales, palpitantes de demasiadas cosas, pero no de color sentimental.

El espectador acostumbrado a la servidumbre que exige lo lírico, encuentra el mundo de Cossío poblado de una frialdad desconcertante. El espectador que prescindiendo de la reverencia cordial que el mundo lírico necesita se acerque a este otro densísimo de preocupaciones y de hallazgos, no se llamará a engaño, como ocurre tantas veces en el plano de la abstracción. El cuadro, sin retórica alguna, es un acontecimiento. Lo que en él ocurre no será el desarrollo de un paisaje o la síntesis de una vida, pero sí algo —algo innombrable con palabras y sólo definible gracias a la expresividad intrínseca del mismo— calificado por un arrebatador aunque puro interés. Precisamente lo que valora la producción cossiesca es eso. Puesto que una abstracción muerta, aunque se oponga a lo figurativo, a lo representativo, desencanta. Cosa que no ocurre con una pintura llena de un encanto precisamente, que sin ser motivado por el mundo vivo ni por el de la abstracción excesiva, cautiva a la inteligente atención.

